

***IEP* - Instituto de Estudios Peruanos**

**Taller Interactivo: Prácticas y Representaciones
de la Nación, Estado y Ciudadanía en el Perú**

LA REPRESENTACIÓN SOCIAL: UN CONCEPTO PERDIDO

Serge Moscovici¹

**Módulo: Aproximaciones teóricas, nociones de prácticas y
representaciones
Lectura Complementaria (no obligatoria)**

Lima, Mayo del 2002

¹ En: Serge Moscovici. *El Psicoanálisis, su imagen y su publico*. Ed. Huemul, Buenos Aires, 1979, 2da. edición. Cap. I, pp. 27-44.

LA REPRESENTACIÓN SOCIAL: UN CONCEPTO PERDIDO

Serge Moscovici

1

Miniaturas de comportamiento, copias de la realidad y formas de conocimiento

Las representaciones sociales son entidades casi tangibles. Circulan, se cruzan y se cristalizan sin cesar en nuestro universo cotidiano a través de una palabra, un gesto, un encuentro. La mayor parte de las relaciones sociales estrechas, de los objetos producidos o consumidos, de las comunicaciones intercambiadas están impregnadas de ellas. Sabemos que corresponden, por una parte, a la sustancia simbólica que entra en su elaboración y, por otra, a la práctica que produce dicha sustancia, así como la ciencia o los mitos corresponden a una práctica científica y mítica.

Si bien la realidad de las representaciones sociales es fácil de captar, el concepto no lo es. Esto sucede por muchas razones, en gran parte históricas: por eso hay que dejar que los historiadores se tomen el trabajo de descubrirlas. Las razones no históricas se reducen en su totalidad a una sola: su posición “mixta”, en la encrucijada de una serie de conceptos sociológicos y una serie de conceptos psicológicos. Nos vamos a ubicar en esta encrucijada. Es cierto que el proceso tiene algo de pedante, pero no vemos otro camino que nos lleve a exhumar a semejante concepto de su glorioso pasado, a reactualizarlo y a comprender su especificidad.

Volvamos atrás, más precisamente, a Durkheim. En su espíritu las representaciones sociales constituían una clase muy general de fenómenos psíquicos y sociales que comprendían lo que designamos como ciencia, ideología, mito, etcétera. Aquellas borran los límites entre el aspecto individual y el aspecto social y paralelamente la vertiente perceptual de la vertiente intelectual del funcionamiento colectivo: “Un hombre que no pensara por medio de conceptos no sería un hombre; puesto que no sería un ser social, reducido solamente a las percepciones individuales, sería indiscriminado y animal”² “Pensar conceptualmente no es simplemente aislar y agrupar un conjunto de caracteres comunes a cierta cantidad de objetos: es subsumir lo variable en lo permanente, lo individual en lo social”³

Si, en estos textos, Durkheim simplemente quería decir que la vida social es la condición de todo pensamiento organizado –y más bien la recíproca-, su actitud no está libre de objeciones. Sin embargo, en la medida en que no aborda de frente ni explica la pluralidad de formas de organización del pensamiento, aunque todas sean sociales, la noción de representación pierde nitidez. Quizás haya que buscar ahí otra de las razones de su abandono. Los antropólogos se vuelven hacia el estudio de los mitos; los sociólogos hacia el estudio de las ciencias; los lingüistas hacia el estudio de la lengua y de su dimensión semántica, etcétera. Con el fin de darle un significado determinado, es indispensable hacerlo abandonar su papel de categoría general, que concierne al conjunto de las producciones, a la vez intelectuales y sociales. Estimamos que, por ese camino, se la puede singularizar, separándola de la cadena de términos similares.

² E. Durkheim, *Les formes élémentaires de la vie religieuse*, Paris, Alcan, 1912. pág. 625.

³ *Op. cit.*, pág. 627.

¿Se trata de una forma del mito y podríamos hoy confundir mito y representaciones sociales? Es cierto que el ejemplo de los mitos, de las regulaciones que efectúan con respecto al comportamiento y las comunicaciones en las sociedades llamadas primitivas, la forma como conceptualizan una experiencia concreta, tienen analogías con fenómenos propios de nuestra sociedad. Aquí se mezclan los prejuicios. ¿Quién no habla del “mito de la mujer”, del “mito del progreso”, del “mito de la igualdad” y de otros mitos similares? A menudo se trata de una forma de despreciar opiniones y actitudes atribuidas a un grupo particular, a la masa –al pueblo, en resumen– que no ha llegado al grado de racionalidad y de la conciencia de los escogidos, los cuales, esclarecidos, prohíban, crean estas mitologías o escriben sobre ellas.

Semejante trasposición casi no tiene vigencia y la diferencia parece más fecunda⁴. Nuestra sociedad diversificada, en la que los individuos y las clases a veces no tienen una gran movilidad, ve cómo se desarrollan sistemas muy heterogéneos, políticos, filosóficos, religiosos, artísticos, y modos de control del ambiente menos seguros: la experiencia científica, por ejemplo. Mientras el mito, para el hombre llamado primitivo, constituye una ciencia total, una “filosofía” única donde se refleja su práctica, su percepción de la naturaleza de las relaciones sociales, para el hombre llamado moderno la representación social solo es una de las vías para captar el mundo concreto, circunscripta en sus fundamentos y circunscripta en sus consecuencias. Si los grupos o los individuos recurren a ellos –con la condición de que no se trate de una condición arbitraria– con seguridad es para aprovechar alguna de las múltiples posibilidades que se ofrecen a cada uno. Así, las poblaciones de origen español del sudoeste de Estados Unidos poseen no menos de cuatro registros para clasificar e interpretar las enfermedades: a) el saber popular medieval sobre los padecimientos médicos; b) la cultura de las tribus amerindias; c) la medicina popular inglesa en las zonas urbanas y rurales; d) la ciencia médica. Según la gravedad de la afección y su situación económica, emplean uno u otro registro para buscar la curación. Así es como

⁴ Es preciso insistir en la diferencia entre mito y representaciones sociales por muchas razones. La siguiente, sin embargo, es la más importante. En nuestra sociedad se considera al mito una forma “arcaica” y “primitiva” de pensar y de situarse en el mundo. Por lo tanto, de algún modo una forma anormal o inferior. Por cierto que no se lo quiere reconocer, pero hacerlo sería ocultarse la realidad al respecto. Por extensión se llegan a considerar las representaciones sociales de la misma manera. Nuestro punto de vista es muy claro: estas representaciones no son ni una forma “arcaica” ni una forma “primitiva” de pensar o de situarse en el mundo, son excrecencias normales en nuestra sociedad. Sea cual fuere el porvenir de las ciencias, siempre tendrán que sufrir transformaciones para convertirse en parte de la vida cotidiana de la sociedad humana. Pero existe una causa sociológica más directa, que motiva la necesidad de que nuestras sociedades se interesen particularmente por ellas y les den un lugar privilegiado. Corresponden a necesidades y prácticas que se podrían calificar de profesionales, como la ciencia, la técnica, el arte, la religión, y tienen una contrapartida en las necesidades y las prácticas profesionales de los científicos, ingenieros, artistas, sacerdotes. Queremos hablar de la creación de las representaciones. ¿Qué son los “divulgadores científicos”, los “animadores culturales”, los “formadores de adultos”, etc. sino representantes de la ciencia, de la cultura, de la técnica frente al público y del público en la medida de lo posible, frente a los grupos creadores de ciencia, de cultura, de técnica? ¿Qué otra cosa hacen, desgraciadamente a menudo sin quererlo y sin saberlo, que participar en la constitución de representaciones sociales? En la evolución general de la sociedad estas profesiones se multiplican. Será forzoso reconocer la especificidad de su práctica. Entonces veremos nacer una pedagogía de las representaciones sociales. Sin esa pedagogía las consecuencias de la división del trabajo manual e intelectual, de la “producción” y del “consumo” de la cultura serán cada vez más nefastas. Estas observaciones nos fueron sugeridas por la experiencia de muchos estudiantes que siguen nuestro seminario en la *Ecole des Heures Etudes* y por el muy hermoso libro de Phillippe Roqueplo (*Le partage du savoir*, París, 1974), que acabamos de conocer.

se detectan circunstancias, socialmente definidas, en las que se dejan guiar por representaciones colectivas o informaciones científicas. Los grupos, en este caso, como en otros, son conscientes, una vez que han optado en uno u otro sentido, de los motivos a los que han obedecido.

Desde luego se comprende que las huellas, tanto sociales como intelectuales, de representaciones formadas en sociedades donde la ciencia, la técnica y la filosofía están presentes, sufren la influencia de estas y se constituyen en su prolongación o se oponen a ellas. A continuación veremos cuáles son esas huellas. Entre tanto, identificar mito y representación social, transferir las propiedades psíquicas y sociológicas del primero a la segunda, sin más, significa contentarse con metáforas y aproximaciones falaces, justamente allí donde, por el contrario, se necesita delimitar una zona especial de la realidad. Esta aproximación cómoda, generalmente desprecia nuestro “sentido común”, mostrando su carácter inferior, irracional y, en última instancia, erróneo; no por ello el mito resulta realizado hasta su verdadera dignidad. No merece que uno se demore en él. Por lo tanto tenemos que encarar la representación social como una textura psicológica autónoma y a la vez como propia de nuestra sociedad, de nuestra cultura.

¿Se trata de una dimensión o de un coproducto de la ciencia? Durkheim parece haberlo creído, porque vio en las ciencias, como por otra parte, en las religiones, solo casos particulares. “El valor que atribuimos a la ciencia –escribía- depende en suma de la idea que nos hacemos colectivamente de su naturaleza y de su papel en la vida; es decir, que expresa un estado de opinión. Sucede que, en efecto, todo en la vida social, hasta la misma ciencia, se basa en la opinión”⁵ Sí, es cierto. Pero la participación de esta opinión en la estructura y el desarrollo de las teorías científicas es cada vez más reducida. A veces da más importancia, en la escala de valores, a una ciencia que a otra, a la biología más que a la física, al psicoanálisis más que a la etología, y hasta decide inversiones financieras y políticas. Su papel se reduce a esto, o casi. Por otra parte, el resto se decide con la ayuda de experiencias, de cálculos, de inventos teóricos. Las representaciones sociales, por su parte, proceden por observaciones, por análisis de estas observaciones, se apropian a diestra y siniestra de nociones y lenguajes de las ciencias o de las filosofías, y extraen las conclusiones. Muchas fórmulas que se aplican en biología –por ejemplo, la lucha por la vida- o en ciencias sociales –aquí los ejemplos serían innumerables- prolongan estas conclusiones y les dan una expresión memorable. Sin embargo, permanecen al margen del núcleo firme de cada ciencia. Observaciones similares se pueden aplicar a otros conceptos de la serie: ideología, visión del mundo, etcétera, que tienden a calificar globalmente un conjunto de actividades intelectuales y prácticas. Desde el punto de vista que aquí nos interesa, semejante ejercicio, fastidioso en un principio, es inútil. El resultado sería idéntico al que se obtiene por medio de la comparación de las representaciones sociales del mito y de la ciencia, *a saber, que constituyen una organización psicológica, una forma de conocimiento particular de nuestra sociedad, e irreductible a cualquier cosa.*

Pero nos podríamos preguntar, al respecto, por qué retomamos esta noción, ya vieja. Una vez que rechazamos la posición dominante, la del rasgo distintivo de la vida social, como categoría que engloba todas las formas de pensamiento, para ubicarla en el rango más modesto de forma específica entre otras, se recubre con muchas nociones psicosociológicas equivalentes. Así, las nociones de opinión (actitud, prejuicio, etc.) y

⁵ *Op. cit.*, pág. 626.

de imagen parecen muy cercanas. Quizás sea verdad en un sentido estricto, pero es falso en un sentido fundamental. Por lo tanto, veamos, con más detalle, por qué.

Sabemos que la opinión, por una parte es una fórmula socialmente valorizada a la que un individuo adhiere y, por otra parte, una toma de posición acerca de un problema controvertido de la sociedad. Cuando invitamos a algunas personas a responder a la pregunta “¿Puede el psicoanálisis tener una influencia saludable sobre las conductas criminales?”, el 69% que responde “sí”, el 23%, “no”, y el 8%, “sin respuesta”, nos indican lo que una colectividad piensa sobre la aplicación mencionada. Nada se dice de su contexto, ni de los criterios de juicio, ni de los conceptos subyacentes. La mayoría de los estudios han descrito la opinión poco estable, referente a puntos particulares, por lo tanto específica; finalmente se ha comprobado que constituye un momento de la formación de las actitudes y los estereotipos. Todo el mundo admite su carácter parcial, parcelario. En forma más general, la noción de opinión implica:

- una reacción de los individuos ante un objeto dado desde afuera, acabado, independientemente del actor social, de su intención o sus características;
- un lazo directo con el comportamiento; el juicio se refiere al objeto o el estímulo y de alguna manera constituye un anuncio, un doble interiorizado de la futura acción.

En ese sentido se considera tanto una opinión, como una actitud, únicamente del lado de la respuesta y como “preparación de la acción”, comportamiento en miniatura. Por esta razón se le atribuye una virtud predicativa, puesto que, después de lo que dice un sujeto, se deduce lo que va a hacer.

El concepto de imagen no está muy separado del de opinión, por lo menos en lo que concierne a los supuestos básicos. Se lo ha utilizado para designar una organización más compleja o más coherente de juicios o de evaluación. En un librito apasionado, Boulding reclama la creación de una ciencia, “eikonics”, dedicada al tema. Esta proposición indica una laguna evidente de la psicología social, de cuya competencia debería ser el estudio de estas imágenes. Es preciso tomar la preocupación como signo de un renovado interés por los fenómenos simbólicos y un estado de insatisfacción frente a la manera como se los ha abordado. Sin embargo, todo el que lo mira de cerca forzosamente comprueba que las ideas a las que se ha recurrido son muy poco satisfactorias. Si se trata de la imagen, se la concibe como reflejo interno de una realidad externa, copia fiel en el espíritu de lo que se encuentra fuera de él. Por lo tanto, es la reproducción pasiva de un dato inmediato. “El individuo –se ha escrito- lleva en su memoria una colección de imágenes del mundo en sus diferentes aspectos. Estas imágenes son construcciones combinatorias, análogas a las experiencias visuales. Son independientes en diversos grados, tanto en el sentido de que se puede inferir o prever la estructura de las imágenes fuentes según la estructura de las otras, como en el sentido de que la modificación de ciertas imágenes crea un desequilibrio que concluye en una tendencia a modificar otras imágenes”.

Podemos suponer que estas imágenes son una especie de “sensaciones mentales”, impresiones que los objetos y las personas dejan en nuestro cerebro. Al mismo tiempo, mantienen vivas las huellas del pasado, ocupan espacios de nuestra memoria para protegerlos contra el zarandeo del cambio y refuerzan el sentimiento de continuidad del entorno y de las experiencias individuales y colectivas. Con este fin se

las puede recordar, revivificar en el espíritu, así como conmemoramos un acontecimiento, evocamos un paisaje o contamos un encuentro que se produjo hace tiempo. Siempre operan como un filtro y provienen de filtrar informaciones que el sujeto posee o ha recibido en vista del placer que busca o de la coherencia que necesita. Así es posible observar que una imagen está determinada por fines y que su función principal es seleccionar lo que viene del interior, pero sobre todo del exterior: “Las imágenes desempeñan el papel de una pantalla selectiva que sirve para recibir nuevos mensajes, y a menudo dirigen la percepción y la interpretación de estos entre los mensajes que no son completamente ignorados, rechazados o reprimidos”.

Cuando hablamos de representaciones sociales, partimos generalmente de otras premisas. En primer lugar, consideramos que no hay un corte dado entre el universo exterior y el universo del individuo (o del grupo), que, en el fondo, el sujeto y el objeto no son heterogéneos en su (...) comportamiento y sólo existe en función de los medios y los métodos que permiten conocerlo. Por ejemplo, la definición del psicoanálisis o del papel del psicoanalista depende de la actitud frente al psicoanálisis y de la experiencia inherente al autor de la definición. No reconocer el poder creador de objetos, de acontecimientos, de nuestra actitud representativa equivale a creer que no hay relación entre nuestro “repositorio” de imágenes y nuestra capacidad de combinarlas, de obtener de ellas combinaciones nuevas y sorprendentes. Ahora bien, los autores que en ese repositorio ven sólo copias fieles de lo real y parecen negar esta capacidad al género humano, la cual, sin embargo, es muy evidente y el arte, el folclore, el sentido común dan testimonio de ella todos los días. Pero al mismo tiempo se constituye el sujeto. Porque se sitúa en el universo social y material según la organización que se da o acepta de lo real. Existe una comunidad de génesis y de complicidad entre su propia definición de lo que no es él y por lo tanto de lo que es no-sujeto u otro sujeto.

Así, cuando expresa su opinión sobre un objeto, estamos dispuestos a suponer que ya se ha representado algo de este, que el estímulo y la respuesta se forman conjuntamente. En una palabra, esta no es una reacción a aquel sino, hasta cierto punto, su origen. El estímulo está determinado por la respuesta. En la práctica, ¿qué quiere decir? Por lo común, si un individuo expresa una actitud negativa con respecto al psicoanálisis –y dice que es una ideología- interpretamos su actitud como una toma de posición frente a una ciencia, una institución, etcétera. Sin embargo, mirándola más de cerca, se observa que confina al psicoanálisis al campo de la ideología justamente para que sea posible este juicio negativo. Si partimos de que una representación social es una “preparación para la acción”, no lo es solo en la medida en que guía el comportamiento, sino sobre todo en la medida en que remodela y reconstituye los elementos del medio en el que el comportamiento debe tener lugar. Llegar a dar un sentido al comportamiento, a integrarlo en una red de relaciones donde está ligado a su objeto. Al mismo tiempo proporciona las nociones, las teorías y el fondo de observaciones que hacen estables y eficaces a estas relaciones.

Después, los puntos de vista de los individuos y de los grupos son encarados tanto por su carácter de comunicación como por su carácter de expresión. En efecto, las imágenes, las opiniones, generalmente son precisadas, estudiadas, pensadas, únicamente en cuanto traducen la posición, la escala de valores de un individuo o de una colectividad. En la realidad se trata de un corte realizado previamente en la sustancia simbólica, elaborado por individuos o colectividades que, al intercambiar sus modos de ver, tienden a influirse o modelarse recíprocamente. Los prejuicios raciales o sociales,

por ejemplo, nunca se hallan aislados, se recortan sobre un fondo de sistemas, de *razonamiento de lenguajes*, que corresponde a la naturaleza biológica y social del hombre, a sus relaciones con el mundo. Estos sistemas son constantemente removidos, comunicados entre las generaciones y las clases, y los que son objeto de estos prejuicios se hallan más o menos constreñidos a entrar en el molde (...) de Hegel, todo lo racional es real, es porque se ha forzado lo “real” –la mujer, el negro, el pobre, etc.-, para conformarlo a lo “racional”.

La misma encuesta, como medio de observación, nos lleva a una conclusión análoga. Una persona que responde a un cuestionario no hace sino elegir una categoría de respuestas; nos transmite un mensaje particular. Nos dice su deseo de ver evolucionar las cosas en un sentido o en otro. Busca aprobación, o espera que su respuesta le proporcionará una satisfacción de tipo intelectual o personal. Esta persona es perfectamente consciente de que, frente a otro encuestador, o en otras circunstancias, su mensaje sería diferente. Semejante variación no indica, de su parte, una falta de autenticidad o una actitud maquiavélica destinada a ocultar una opinión “verdadera”. Solo se cuestiona el proceso usual de interacción, que pone de relieve tal o cual aspecto del problema discutido o exige el empleo del código adaptado a la relación fugaz establecida en esta ocasión. El proceso moviliza y otorga un sentido a las representaciones en el flujo de las relaciones entre grupos y personas. “El problema de la conciencia –escribía Heiner-, de la apertura hacia el mundo o, si se quiere, de la representación, recibe un significado particular si consideramos las relaciones y la interacción entre personas”. Los conceptos de imagen, de opinión, de actitud no tienen en cuenta esas vinculaciones, ni la apertura que las acompaña. Se considera a los grupos en forma estática, no por lo que crean y comunican, sino porque utilizan y seleccionan una información que circula en la sociedad. Por el contrario, las representaciones sociales son conjuntos dinámicos, su característica es la *producción* de comportamientos y de relaciones con el medio, es una acción que modifica a ambos y no una *reproducción* de estos comportamientos o de estas relaciones, ni una reacción a un estímulo exterior dado.

En resumen, aquí vemos sistemas que tienen una lógica y un lenguaje particulares, una estructura de implicaciones que se refieren tanto a valores como a conceptos, un estilo de discurso que le es propio. No los consideramos “opiniones sobre” o “imágenes de”, sino “teorías” de las “ciencias colectivas” sui generis, destinadas a interpretar y a construir lo real. Constantemente van más allá de lo que está inmediatamente dado en la ciencia o la filosofía, de la clasificación dada de los hechos y los acontecimientos. En ellos podemos distinguir un corpus de temas, de principios, que tienen unidad y se aplican a zonas de existencia y de actividad particulares: la medicina, la psicología, la física, la política, etcétera. Inclusive en estas zonas, lo que se recibe está sometido a un trabajo de transformación, de evolución, para convertirse en un conocimiento que la mayoría de nosotros emplea en su vida cotidiana. En el transcurso de este empleo, el universo se puebla de seres, el comportamiento se carga de significados, algunos conceptos se colorean o se concretan, se objetivan, como suele decirse. Al mismo tiempo, se proponen formas en las que se encuentran expresión las transacciones corrientes de la sociedad y, reconozcámoslo, estas transacciones se rigen por esas formas –simbólicamente se entiende- y las fuerzas allí cristalizadas aparecen disponibles. Se comprende por qué. Las formas determinan el (...) y regulan, por consiguiente, las conductas deseables o admitidas. Por estos rasgos –su especificidad y su creatividad en la vida colectiva- las representaciones sociales difieren de las nociones

sociológicas y psicológicas, con las cuales las comparamos, y de los fenómenos que les corresponden.

2

Las filosofías de la experiencia indirecta.

I - La sociedad de los pensadores aficionados.

Todo tipo de conocimiento –la observación es trivial- presupone una práctica y una atmósfera propias que lo caracterizan. Y también, sin ninguna duda, un papel particular del sujeto cognoscente. Cada uno de nosotros desempeña en forma diferente este papel cuando debe ejercer su oficio en el arte, en la técnica, en la ciencia, o cuando se trata de la formación de representaciones sociales. En este último caso cada persona parte de las observaciones y sobre todo de los testimonios que se acumulan a propósito de acontecimientos corrientes: el lanzamiento de un satélite, el anuncio de un descubrimiento médico, el discurso de un personaje importante, una experiencia narrada por un amigo, la lectura de un libro, etcétera.

La mayor parte de estas observaciones y de estos testimonios proviene, sin embargo, de quienes lo han inventariado, organizado, aprendido dentro del marco de sus intereses. Periodistas, sabios, técnicos, hombres políticos nos proporcionan continuamente comunicaciones sobre decisiones políticas u operaciones militares, experiencias científicas o inventos técnicos. Estas comunicaciones –artículos, libros, conferencias, etc.-, están muy alejadas de nosotros porque, hablando con propiedad, nos resulta imposible captar su lenguaje, reproducir su contenido, confrontarlas con informaciones y experiencias más directas y más adecuadas a nuestro contorno inmediato. En conjunto, parecen participar en un “mundo del discurso” construido a partir de materiales cuidadosamente controlados según reglas explícitas, cuyo objeto somos nosotros, con nuestros problemas, nuestro porvenir y, en definitiva, todo lo que existe como nosotros. Pero estas comunicaciones, al mismo tiempo, están muy próximas porque nos conciernen, sus observaciones interfieren nuestras propias observaciones y sus lenguajes o sus nociones elaboradas a partir de hechos que nos son ajenos, y a veces nos hacen permanecer ajenos, fijan nuestra mirada, dirigen nuestras preguntas. Lo que vemos lo sentimos de alguna manera enmendado por lo invisible y por lo que, provisoriamente, es inaccesible a nuestros sentidos. Tal es el caso de los genes o los átomos, que circulan tanto en nuestras imágenes como en nuestras palabras y en nuestros razonamientos.

(...) los tienen lugar, pero con frecuencia nos faltan los criterios necesarios para atestiguar esta existencia material. El individuo que busca un satélite en la bóveda celeste sabe que allí debe haber uno y lo encuentra. Sin embargo, carente de índices precisos, sin tener conciencia de ello, toma por un satélite a una estrella que titila, un avión que se desplaza a gran altura o a otros “objetos” meteorológicos u ópticos. Si sueña con otras humanidades vivientes en otros planetas, eventualmente percibirá una nave espacial que aterriza sobre la Tierra, así como nuestras naves espaciales aterrizan en la Luna. Tomar sus deseos por realidades no es más que una manera de tomar sus visiones por realidades. Asimismo, la persona que, después del psicoanálisis, conoce la importancia de los “complejos”, los comprueba y los reconoce con asiduidad. Sucede que, tanto en un caso como en el otro, se cuenta con una presunta realidad y, a partir de esto, se juzga indispensable reconstituirla, hacerla familiar. El pasaje del testimonio a la

observación, del hecho relatado a una hipótesis concreta sobre el objeto visto, en resumen, la transformación de un conocimiento indirecto en un conocimiento directo, es el único medio para apropiarse del universo exterior. Exterior en un doble sentido: lo que no es de uno –pero se sobreentiende que pertenece al especialista- y lo que está fuera de uno, fuera de los límites del campo de acción.

Pero al volverse interior y, de ahí en adelante, penetrar en el “mundo de la conversación”, se producen intercambios verbales durante cierto tiempo. Una frase, un enigma, una teoría captados al vuelo despiertan la curiosidad, fijan la atención. Fragmentos de diálogo, lecturas discontinuas, expresiones oídas en otra parte, reaparecen en el espíritu de los interlocutores, se mezclan con sus impresiones; surgen los recuerdos, las experiencias comunes los acaparan. Por medio de estas conversaciones no solamente se transmiten las informaciones y se confirman las convenciones y los hábitos del grupo, sino que cada uno adquiere una competencia enciclopédica sobre el tema que es objeto de la discusión. A medida que el coloquio colectivo progresa, el relato se regulariza, las expresiones se expresan. Las actitudes se ordenan, los valores se ponen en su lugar, la sociedad comienza a ser habitada por frases y visiones nuevas. Y cada uno se vuelve ávido de transmitir su saber y de tener un lugar en el círculo de atención que rodea a los que “están al corriente”, cada uno se documenta aquí o allá para estar “en la pomada”. Veamos cómo Alexandre Moszkowski, hombre de letras y crítico berlinés, describe la entrada de la relatividad en este “mundo de la conversación”, es decir, en el público, más allá del círculo científico.

“La conversación de las personas cultas giraba alrededor de este polo y no podía evadirse de él; sin cesar volvían al mismo tema, aunque se hubieran apartado, empujadas por la necesidad o el azar. Estaban atentas al diario que publicara más artículos, largos o cortos, técnicos o no técnicos, cualquiera que fuera su autor, con tal de que trataran de la teoría de Einstein. En todos los rincones y escondrijos se organizaban sesiones de iniciación, que se llevaban a cabo por la noche; se formaron universidades ambulantes, donde profesores itinerantes hacían olvidar al público los infortunios en tres dimensiones de la vida cotidiana para conducirlos a los Campos Elíseos en cuatro dimensiones. Las mujeres perdían de vista sus preocupaciones domésticas para discutir sistemas de coordenadas, el principio de simultaneidad y los electrones con carga negativa. Todos los problemas contemporáneos habían adquirido un centro fijo a partir del cual se podían tender hilos hacia cada uno de ellos. La relatividad se había convertido en el santo y seña supremo”.

Exagerando apenas, cada uno de nosotros puede decir que fue testigo directo, en una generación, de muchas ocasiones en las que la palabra y el interés públicos se manifestaron en una escala y con una intensidad semejantes. Volveremos sobre el significado de esta conversación en el funcionamiento de la sociedad. Pero era necesario indicar el lugar al cual una persona o un grupo se acercan e interiorizan los temas y los objetos de su mundo y hacen como un clínico que acumula muchos signos, los comunica y los verifica con su paciente para emitir un juicio sobre su enfermedad. Solo realiza análisis secundariamente. Confía en lo que el enfermo le dice, en los casos que ha visto y estudiado, en lo que otros clínicos le han transmitido, y extrae las conclusiones que le parecen válidas. Por una especie de hábito, que es una segunda naturaleza, a través de los síntomas y las descripciones, esa persona o ese grupo descubren un orden para cuya reproducción experimental carecen de medios y que no desean demostrar mediante fórmulas o estadísticas.

Más todavía que al clínico, esta práctica del conocimiento de organizar las relaciones entre las regiones dispares del pensamiento de lo real remite al documentalista. El documentalista trabaja sobre textos acabados que reúne, recorta y combina en función de un código de análisis y de clasificación materializados en una serie de ficheros. No tiene que juzgar ni puede juzgar sobre la verdad, sobre la calidad de los textos a los que aplica su código y hace entrar en su fichero. Por ende, no experimenta ninguna de las restricciones del especialista que registra o desmenuza lo que lee para saber si el contenido tiene valor, si corresponde a las normas de la ciencia, de la técnica o del arte y si a su vez puede utilizarla. Libre de efectuar una construcción, el documentalista también puede asociar a su gusto las nociones, los datos, los artículos pertenecientes a los campos y las escuelas más diversos. Las únicas barreras con que tropieza son las del costo y la autoridad de sus técnicas para el manejo de las informaciones. La tentación del enciclopedismo y de un sistema único es muy fuerte. Cada uno de nosotros, como “hombre común” –fuera de su profesión-, se comporta del mismo modo ante todos estos “documentos” que son los artículos de un diario, un accidente en la calle, una discusión en un café o un club, la lectura de un libro, un reportaje televisado, etc. Los resume, los recorta, los clasifica y padece la misma tentación que el documentalista de fundirlos en un mismo universo. Nada nos impone la prudencia del especialista, nada nos prohíbe juntar los elementos más dispares que nos hayan transmitido, incluirlos o excluirlos de una clase “lógica”, de acuerdo con las reglas sociales, científicas, prácticas de las que disponemos. El objetivo no es hacer avanzar el conocimiento, sino “estar al corriente”, “no ser ignorante”, fuera del círculo colectivo. De este trabajo, mil veces comenzado, repetido y desplazado de un punto al otro de la esfera, los acontecimientos y sorpresas que captan la atención dan nacimiento a nuestras representaciones sociales. El espíritu que elabora esto transforma a los miembros de la sociedad en una especie de “sabios aficionados”. Como los “curiosos” y los “virtuosos” que, en los siglos pasados, poblaron academias, sociedades filosóficas, universidades populares, cada uno trata de mantener algún contacto con las ideas que están en el aire, de responder a las interrogantes que lo asaltan. Ninguna acción se presenta con su modo de empleo, ninguna experiencia con su método y, al recibirlas, el individuo las usa como le parece. Lo importante es poder integrarlas en un cuadro coherente de lo real o deslizarse en un lenguaje que permita hablar de lo que habla todo el mundo. Este doble movimiento de familiarización con lo real, por medio de la extracción de un sentido o de un orden a través de lo que se relata, y de manejo de átomos de conocimiento disociados de su contexto lógico normal, desempeña aquí un papel capital. Corresponde a una preocupación constante: llenar lagunas, suprimir la distancia entre lo que se conoce, por un lado, y lo que se observa, por el otro, completar las “casillas vacías” de un saber por las “casillas llenas” de otro saber. El de la ciencia por la religión, el de una disciplina por los prejuicios de los que la ejercen. Al mismo tiempo, separados de sus vinculaciones, conceptos y modelos, se ramifican y proliferan con una sorprendente fecundidad y una gran libertad; el único límite lo proporciona la fascinación que ejercen y la ansiedad que provocan los que cuestionan demasiado lo que se quiere conservar fuera de toda duda. Igual que en un juego, donde se ensayan y experimentan los fenómenos materiales, colectivos, antes de verificar su existencia real y de ponerlos en práctica “seriamente”, uno se dedica a hacer bosquejos y borradores, se lanza a maniobras intelectuales y repeticiones, que presentan el espectáculo del mundo como un mundo del espectáculo. Con seguridad estos “sabios aficionados”, y todos los somos en uno u otro campo, que habitan el mundo de la conversación, con sus costumbres de documentalistas –un poco autodidactos, un poco enciclopédicos-, con frecuencia quedan prisioneros de los prejuicios, de visiones cerradas, con sus dialectos

tomados del mundo del discurso –la famosa jerga tan detestada y tan necesaria-, y solo nos queda inclinarnos ante ellos. Sin embargo, nos revelan que los individuos, en su vida cotidiana, no son únicamente máquinas pasivas que obedecen a aparatos, registran mensajes y reaccionan a los estímulos exteriores; los trata de ese modo una psicología social sumaria, reducida a recoger opiniones e imágenes. Por el contrario, poseen la frescura de la imaginación y el deseo de dar un sentido a la sociedad y al universo que les pertenecen.

II - El conocimiento del ausente y del extraño

Se podría decir que así se constituyen “ciencias” o “filosofías” de la experiencia indirecta o de la observación. ¿Qué es lo específico de este modo de pensar? La psicología clásica, que acordó mucha atención a los fenómenos de la representación, nos proporciona útiles indicaciones como punto de partida. Los concibió como procesos mediadores entre concepto y percepción. Al lado de estas dos instancias psíquicas, una de orden puramente intelectual y la otra predominantemente sensorial, las representaciones constituyen una tercera instancia, de propiedades mixtas. Propiedades que permiten pasar de la esfera sensorio-motriz a la esfera cognoscitiva, del objeto percibido a distancia a una toma de conciencia de sus dimensiones, formas, etcétera. Representarse una cosa y tener conciencia de ella es todo uno, o casi.

“El proceso perceptivo-escribía Heider- ... hasta aquí comprende estímulos situados a distancia y la mediación que llega a los estímulos próximos. Adentro del organismo existe, por lo tanto, un proceso de construcción de la percepción que desemboca en el acontecimiento correspondiente a la toma de conciencia del objeto y de la realidad en tanto es percibida. Los términos *representación* del objeto en *imagen* fueron empleados para describir esta toma de conciencia.”

El traspaso del exterior hacia el interior, el traslado desde un espacio alejado hacia un espacio cercano son operaciones esenciales de este trabajo cognoscitivo particular. Pero no nos debemos limitar a este modo de ver. Para nosotros, la representación no es una instancia intermediaria, sino un proceso que hace que el concepto y la percepción de algún modo sean intercambiables, porque se engendran recíprocamente. Así, el objeto del concepto puede tomarse por objeto de una percepción y el contenido del objeto ser “percibido”. Por ejemplo, se “ve” el inconsciente, situado abajo, como parte del aparato psíquico, o bien se ve que una persona “sufre de un complejo”. Ciertas conductas, en lugar de describirse como conductas de timidez a partir de lo que se ve, son consideradas *manifestaciones* evidentes de un “complejo de timidez” que se concibe sin verlo y se localiza en el individuo.

Se comprueba que la representación expresa de golpe una relación con el objeto y que desempeña un papel en la génesis de esta relación. Uno de sus aspectos, el aspecto perceptivo, implica la presencia del objeto: el otro, el espíritu conceptual, su ausencia. Desde el punto de vista del concepto, la presencia del objeto, incluso su existencia, es inútil; desde el punto de vista de la percepción, su ausencia o inexistencia es una imposibilidad. La representación mantiene esta oposición y se desarrolla a partir de ella: *re-presenta* un ser, una cualidad, a la conciencia, es decir, las presenta una vez más, las actualiza a pesar de su ausencia y aun de su no existencia eventual. Al mismo tiempo, las aleja suficientemente de su contexto material para que el concepto pueda intervenir y modelarlas a su modo. Por un lado, la representación sigue las huellas de un pensamiento conceptual, puesto que la condición de su aparición es la desaparición del

objeto o de la entidad concreta; pero, por otra parte, esta desaparición no puede ser total y, a instancias de la actividad perceptiva, debe recuperar el objeto o la entidad y hacerlos “tangibles”. Del concepto, retiene el poder de organizar, de relacionar y de filtrar lo que va a ser retomado, reintroducido en el campo sensorial. De la percepción, conserva la aptitud de recorrer, de registrar lo inorgánico, lo no conformado, lo discontinuo, la variedad de caminos y el desplazamiento que suponen entre lo que se “toma” y lo que se “reenvía” a lo real. Se deja entrever que la representación de un objeto es una representación diferente del objeto. La percepción engendrada por el concepto se distinguirá necesariamente de la percepción que al comienzo ha sobreentendido el concepto. El “complejo de timidez”, del que se dice que una persona sufre, comprende los índices psicológicos habituales –rubor, voz baja, temblor-, pero a esto se agregan índices de tipo afectivo –temor, duda, conductas de preocupación- que, al parecer, traducen experiencias de la infancia y provienen de la represión de deseos de naturaleza sexual.

Representar una cosa, un estado, no es simplemente desdoblarlo, repetirlo o reproducirlo, es reconstituirlo, retocarlo, cambiarle el texto. La comunicación que se establece entre el concepto y la percepción, mediante la penetración de uno en la otra, transformando la sustancia concreta común, da la impresión de “realismo”, de materialidad de las abstracciones, porque podemos actuar con ellas, y de abstracción de las materialidades, porque expresan un orden preciso. Estas constelaciones intelectuales, una vez fijadas, nos hacen olvidar que son nuestra obra, que tienen un comienzo y que tendrán un fin, que su existencia hacia el exterior lleva la marca de un pasaje por el interior del psiquismo individual y social. “¿A qué se llama –pregunta Köhler- hechos objetivos de la naturaleza? ¿Cuál es la mejor manera de acceder al conocimiento objetivo en este sentido? Por otra parte, ¿qué influencias pueden detener nuestro progreso en este campo? Desde el siglo XVII esos interrogantes introdujeron poco a poco una serie definida de valores con vigencia en la actualidad de tal modo que, fuera del círculo de los sabios propiamente dichos, el punto de vista de las personas cultas está completamente regido por esos ideales particulares. Las palabras y las acciones de los padres inculcan a los niños de nuestra civilización una actitud sobria hacia el mundo real. Hace mucho que las convicciones sobre las que se basa la cultura científica han perdido el carácter de enunciados formulados teóricamente. Poco a poco se convirtieron en aspectos del mundo tal como lo percibimos: actualmente el mundo parece conformado según lo que nuestros ancestros aprendieron a decir de él.”⁶

Las representaciones individuales o sociales hacen que el mundo sea lo que pensamos que es o que debe ser. Nos muestran que a cada instante una cosa ausente se agrega y una cosa presente se modifica. Pero este juego dialéctico tiene un significado mayor. Si algo ausente nos choca y desencadena toda una elaboración del pensamiento y del grupo, no sucede por la naturaleza del objeto sino en primer lugar porque es extraño, y después porque se halla fuera de nuestro universo habitual. En efecto, la distancia nos ofrece la sorpresa que nos capta y la tensión que lo caracteriza. El psicoanálisis, al hablar de la infancia, de los sueños, del inconsciente, no solo se introduce en un campo alejado de la vida humana adulta, sino que igualmente echa una luz que asombra, que golpea. Los descubrimientos científicos o técnicos golpean, en el sentido propio de la palabra. La tensión a la que aludimos revela constantemente su

⁶ W. Köhler, “Psychological remarks on some questions of anthropology”. *American Journal of Psychology*, 1937, N° 50, p.º 279.

origen. Revela la existencia de una incongruencia, de una incompatibilidad entre las posibilidades lingüísticas e intelectuales para dominar las partes de lo real a lo que el contenido, extraño por lo alejado, alejado por lo extraño, se refiere. Comúnmente carecemos de informaciones, de palabras, de nociones, para comprender o describir los elementos que aparecen en determinados sectores de nuestro medio ambiente. En cambio, poseemos otras que está prohibido emplear, tomarlas en cuenta para definir o indicar la presencia de fenómenos o comportamientos encubiertos, ocultos en nuestro mundo circundante. Por el contrario, existen sectores en los que disponemos de demasiada información y de palabras, donde resulta legítimo el uso y el abuso. Los grupos, así como los individuos, experimentan a la vez la abundancia y la penuria de saberes y de lenguajes que no tienen cómo asociar a realidades, y realidades para las que no encuentran o a las que no deben asociar saberes y lenguajes. La elipse, por un lado, y el verbalismo, por otro, expresan este estado de desequilibrio. Cuando un objeto proveniente de afuera penetra en nuestro campo de atención, trátase de cohetes o de relatividad, este desequilibrio se acrecienta, porque el contraste entre lo lleno de la elipse y lo hueco del verbalismo aumenta. Para reducir conjuntamente tensión y desequilibrio, es preciso que el contenido extraño se desplace al interior de un contenido corriente y que el esta fuera de nuestro universo penetre en su interior. Más exactamente, hay que hacer familiar lo insólito e insólito lo familiar, cambiar todo el universo conservándolo como nuestro universo. Esto solo es posible haciendo pasar como a través de vasos comunicantes, lenguajes y saberes, desde las regiones donde hay abundancia hacia las regiones donde hay escasez, y recíprocamente. A la elipse hay que hacerla habladora, y a la charla, elíptica. Esto no resulta asombroso porque, así como en los cuadros surrealistas donde los miembros buscan un cuerpo y donde un cuerpo busca los órganos, así también conceptos sin percepciones, percepciones sin conceptos, palabras sin contenidos y contenidos sin palabras se buscan, se desplazan y se intercambian en las sociedades diferenciadas y móviles. Para esto se emplean las representaciones y de esto provienen.

Tomemos un ejemplo. Las nociones de inconsciente, de complejo, de *libido*, en el momento en que penetran en un individuo o grupo, asombran o chocan. Asombran en la medida en que designan entidades aparte, sin relación son la experiencia inmediata, y chocan porque conciernen a una región de pensamientos y palabras prohibidos: la vida sexual. En rigor, se puede hacer corresponder una estructura intelectual aceptada —la dualidad alma-cuerpo, racional, irracional, etc. lo permite— dentro del mundo propio de cada uno, pero no un soporte material. Así como toda noción física, psicológica o química tiene una. Se comprende qué es lo inconsciente, el complejo, la libido, sin poder captar lo que uno u otro es. Por el contrario, la relación entre el psicoanalista y el psicoanalizado —el diván, la asociación libre son esto, para muchos— el *modus operandi* propio de esta relación, la transferencia, sus efectos, no dispone en la opinión pública de una estructura intelectual aceptada, porque un “médico sin medicina” es algo paradójico. El trabajo de representación es paliar estas extrañezas, introducirlas en el espacio común, provocando el encuentro de las visiones, de las expresiones separadas y dispares que, en cierto sentido, se buscan.

El trabajo es doble. Por una parte, la representación separa conceptos y percepciones, habitualmente asociados, vuelve insólito lo familiar. Así, mediante la idea de libido, la sexualidad se desdobra en una actividad fisiológica localizada y un deseo general: de necesidades contingentes entre otras necesidades, accede al rango de necesidad primordial y casi metafísica. En el acto de “hacer el amor” casi se concentra y

se expresa la personalidad entera. Por lo menos algunos llegan a pensarlo. O también, para dar un sentido a lo que pasa entre el psicoanalista y el psicoanalizado, se evoca la confesión. La relación de “confesor” a “confesado” se separa del contexto religioso que la funda y del ritual que sensibiliza al creyente. Luego se reubica ahí la idea que se tiene de la transferencia y se asimila la regla de la confesión a la regla de “libre asociación”. En consecuencia, lo que era inaprensible se vuelve comprensible: inteligible y concreto. Se dice que el psicoanálisis es una confesión. A la inversa, la confesión se convierte en un caso particular de la cura psicoanalítica. Como el psicoanalista, el sacerdote da a una persona la posibilidad de expresarse, de manifestar lo que la preocupa y, por eso mismo, de liberarse de sus preocupaciones. La dimensión sagrada cede el paso, sobre la marcha, a la dimensión profana. Al disociar la técnica psicoanalítica de su marco teórico, la confesión de su marco religioso, la sexualidad de su marco de necesidad física, una persona se convence de la validez de la separación realizada. Sin embargo, no olvida su carácter de aproximación. Al menos, la terapéutica resulta comprensible, la libido aparece articulada a un sustrato concreto y se ha echado una mirada concreta sobre lo que era rutinario, la confesión y, especialmente, la sexualidad. En eso reside el poder creador de la actividad representativa: a partir de un cúmulo de saberes y experiencias, puede desplazarlos y combinarlos para integrarlos en un lugar o hacerlos estallar en otro.

Por otra parte, una representación hace circular y reúne experiencias, vocabularios, conceptos, conductas, que provienen de orígenes muy diversos. Así, reduce la variabilidad de los sistemas intelectuales y prácticos, y también de los aspectos desunidos de lo real. Lo no habitual se desliza hacia lo acostumbrado, lo extraordinario se hace frecuente. En consecuencia, los elementos que pertenecen a distintas regiones de la actividad y del discurso sociales se trasponen unos en los otros, sirven como signos y /o medios de interpretación de los otros. Los esquemas y el vocabulario políticos se mezclan con la clasificación o el análisis de los fenómenos psíquicos; concepciones o lenguajes psicológicos describen o explican procesos políticos, y así siguiendo. Las teorías y los significados particulares respectivos se unen y pasan de un campo al otro. En un comienzo, estas asociaciones parecen arbitrarias, convencionales. Pero pronto se hacen orgánicas, motivadas. ¿Quién no conoce los dobles: psicoanálisis-Estados Unidos, psicoanálisis-conservadurismo o psicoanálisis-subversión, etcétera, por lo menos en nuestra sociedad? La redundancia que resulta de estas asociaciones expresa la reduplicación infatigable de los mismos objetos, de los mismos signos, dondequiera que sea posible realizar una combinación feliz y entenderla. Creatividad y redundancia de las representaciones descubren su gran plasticidad y su no menor inercia, propiedades contradictorias, ciertamente, pero contradicción inevitable. Solo con esta condición el mundo mental y real se hace siempre otro y queda un poco el mismo: lo extraño penetra en la fisura de lo familiar y lo familiar fisura lo extraño.

La noción de representación todavía se nos escapa. Sin embargo, nos estamos acercando a ella de dos maneras. En primer lugar, al precisar su naturaleza de proceso psíquico apto para volver familiar, situar y hacer presente en nuestro universo interno lo que se halla a cierta distancia de nosotros, lo que de alguna manera está ausente. Resulta una “apropiación” del objeto y se mantiene tanto tiempo como la necesidad de hacerlo se hace sentir. Desaparece en el laberinto de nuestra memoria o se afina en un concepto cuando pierde su necesidad o su vigor. Esta impresión —o figura— mezclada en cada operación mental, como un punto del que se parte y al que se vuelve, da su especificidad

a la forma de conocimiento intelectual o sensorial. Por esta razón, con frecuencia se ha dicho, *toda representación es la representación de una cosa*.

Además, esta noción se nos aparece con más claridad, por haber comprobado que, para penetrar en el universo de un individuo o de un grupo, el objeto entra en una serie de relaciones y articulaciones con otros objetos que ya están allí, de los cuales toma propiedades y les da las suyas. Una vez convertido en propio y familiar, es transformado y transforma, como lo han mostrado el ejemplo de la terapéutica analítica y la confesión. A decir verdad, deja de existir como tal para transformarse en un equivalente de los objetos (o las nociones) a los cuales está sujeto por las relaciones y los lazos establecidos. O lo que es igual, está representado en la medida exacta en que él mismo se convirtió, a su vez, en un representante y se manifiesta únicamente en este papel. El humo que traduce la existencia de un fuego, el ruido entrecortado que señala el trabajo de un pico son esos representantes, porque no se los “percibe” como humo o “ruido” sino como equivalentes o sustitutos en la serie “fuego” o “pico”, en la que están integrados. Asimismo, para ciertas personas, la terapéutica analítica parece casi intercambiable, en su práctica y en sus efectos, con la confesión inherente a la religión católica. Pero la constitución de la serie, los lazos que se tejen alrededor del objeto traducen obligatoriamente una elección de experiencias y de valores. Si el psicoanálisis, para muchos, constituye un “índice” de los Estados Unidos –de donde proviene la expresión psicoanálisis americano-, del conservadurismo político –de donde, además, la expresión “ciencia reaccionaria”-, sucede que un valor nacional y político lo une a una noción o a un grupo social. En resumen, se observa que representar un objeto es al mismo tiempo conferirle la categoría de un signo, conocerlo haciéndolo significante. Lo dominamos de un modo particular y lo internalizamos, lo hacemos nuestro. En verdad es un modo particular, porque llega a que *toda cosa sea representación de algo*.⁷

Ahora falta agregar un último eslabón a la cadena: el eslabón del sujeto, del que se representa. Porque en definitiva, lo que con frecuencia está ausente del objeto –y vuelve al objeto ausente-, lo que determina su extrañeza –y vuelve al objeto extraño-, es el individuo o el grupo. Si la ciencia, la naturaleza o la política faltan en nuestro universo o nos parecen tan esotéricas, se sabe que es porque hacen grandes esfuerzos para excluirnos, para borrar el menor trazo que permitiría que nos reconociéramos en ellas. Un pueblo, una institución, un descubrimiento, etcétera, nos parecen lejanos, raros, porque no estamos ahí, porque se forman, evolucionan “como si no existiéramos”, sin ninguna relación con nosotros. Representarlos lleva a repensarlos, a re-experimentar, a re-hacerlos a nuestro modo, en nuestro contexto “como si estuviéramos ahí”. En síntesis, a introducirnos en una región del pensamiento o de la realidad de la que hemos sido eliminados y, por este hecho, la rodeamos y nos apropiamos de ella. Es profunda la propensión a tratar de hacer existir con nosotros a lo que existía sin nosotros, a hacernos presentes donde estamos ausentes, familiares frente a lo que nos resulta extraño. Es cierto que Narciso quiso verse reflejado en el agua de una fuente, enamorado de sí y de su imagen. Pero puede ser que más secretamente haya tratado también de tomar

⁷ En la vida social con frecuencia se viven situaciones en las que “cada persona es la representación de una persona”. Así, los niños de alguien de familia rica o conocida siempre son percibidos por los otros no como individuos singulares sino como el hijo o la hija de fulano de tal o llevan un nombre reacciona primero frente a la posición que ocupan o al nombre que llevan. Lo mismo sucede cuando se trata de un individuo o de un grupo extranjero: no se los juzga por sí mismos sino en tanto pertenecen a una clase o a una nación. El racismo es el caso extremo en el que cada persona es juzgada, percibida, vivida como representante de una serie de otras personas o de una colectividad.

posesión del agua por medio de la imagen, de entrar en esa corriente que estaba ahí, aparte, fuera de sí, sin él; no solo quiso encontrar un espejo en el universo acuático, sino reencontrarse en el universo como centro del espejo. Pero es inútil insistir. Los filósofos, después de mucho tiempo, comprendieron que *toda representación es una representación de alguien*. Dicho de otro modo, es una forma de conocimiento a través de la cual el que conoce se coloca dentro de lo que conoce. De ahí proviene la alternación que la caracteriza: unas veces representar, otras representarse. También de ahí nace la tensión en el corazón de cada representación entre el polo pasivo de la impronta del objeto –la figura⁸– y el polo activo de la elección del sujeto –el significado que le da y del cual la inviste–. En el pasado se insistió mucho sobre el papel de los intermediarios entre la percepción y el concepto. Sobre esta base se esbozó una especie de desarrollo genético que va desde lo percibido a lo concebido, pasando por lo representado. Se trata de una construcción lógica. En lo real, la estructura de cada representación nos aparece desdoblada, tiene dos caras tan poco disociables como lo son el anverso y el reverso de una hoja de papel, la faz figurativa y la faz simbólica. Escribimos:

Representación	<u>figura</u>
	Significado

entendiendo por representación la que permite atribuir a toda figura un sentido y a todo sentido una figura. En el espíritu de la mayoría de nosotros, el inconsciente es un signo del psicoanálisis cargado, por otra parte, de valores –oculto, involuntario, etc.– y visualizado en el cerebro como una capa más profunda y velada; la *libido* se asocia muy concretamente con el acto sexual, con la genitalidad, pero al mismo tiempo se la cubre de connotaciones religiosas, políticas, que le fijan un rango más o menos elevado en la jerarquía de los factores que explican los rasgos de los actos de un hombre o de una mujer. Los procesos puestos en juego, como lo veremos a continuación, tienen, a la vez, la función (...) inteligible, o sea, interpretarlo. Pero sobre todo tienen, por un lado, la función de sustituir el sentido por una figura, es decir, objetivar –semejante complejo psicoanalítico se convierte en un órgano psicofísico del individuo humano–, y por otro lado, sustituir la figura por un sentido, por lo tanto, fijar –el psicoanalista definido como un mago o un sacerdote– los materiales que entran en la composición de una representación determinada. En eso reside una especie de incertidumbre fundamental. Al re-presentar una cosa nunca se sabe si se moviliza un índice de lo real o un índice convencional, social o afectivamente significativa. Tan sólo una evolución ulterior, un trabajo consciente dirigido más allá de lo convencional, hacia el intelecto o más allá de lo figurativo, hacia lo real, permite superar la incertidumbre. Por ese motivo, estas formas de conocimiento que son las representaciones, cuya función y estructura acabamos de ver, son, por lo menos en lo que concierne al hombre, primeras. Los conceptos y las percepciones son elaboraciones y estilizaciones secundarias; los primeros a partir del sujeto, y las otras, a partir del objeto. Cualquiera que conozca la historia de las ciencias sabe que la mayoría de las teorías y nociones más abstractas primero llegaron al espíritu de los sabios o a la ciencia en una forma figurativa, cargadas de valores simbólicos, religiosos, políticos o sexuales. Así ha sido respecto de los fenómenos que permitieron la evolución de la biología, de la química o de la electricidad. Sólo por medio de una serie de destilaciones sucesivas llegamos a recibir

⁸ La palabra “figura” expresa más que la de imagen, el hecho de que no se trata solamente de un reflejo, una reproducción, sino también de una expresión y de una producción del sujeto.

una traducción abstracta y formal. Esta destilación nunca es completa ni acabada. Muchos investigadores y muchas teorías presentan a los átomos como bolas coloreadas de dimensiones variadas y ningún físico –a pesar de esfuerzos seculares- podría hablar de fuerza sin referirse a la imagen original de un esfuerzo ejercido por alguien sobre algo que se resiste. De manera que, cuando un individuo o un grupo se hace una representación de una teoría o de un fenómeno científico, se reencuentra en verdad con un modo de pensar y de ver que existe y subsiste, retoma y recrea lo que fue ocultado o eliminado. En una palabra, la produce una vez más, recorriendo un camino inverso al que ella recorrió. Este hecho, que es muy conocido, sin embargo, no ha sido suficientemente apreciado ni desde el punto de vista psicológico ni desde el punto de vista sociológico. Si no fuera así, se comprendería que, al hacer presente lo ausente, habitual lo inhabitual, los mecanismos representativos descomponen lo que es inmediatamente evidente y reconstruyen la unidad en el universo entre los vestigios de universos aislados y separados. Son, sin duda, “arcaicos” o “primitivos”. Justamente por eso permiten superar y retomar mecanismos que, por muy “recientes” o muy “refinados”, pierden contacto con lo vivido del sujeto y el flujo de lo real. En el origen de esta superación se encuentra la separación entre lo que se sabe y lo que existe, la diferencia que separa la proliferación de lo imaginario, del rigor de lo simbólicos.